



# Legado montubio y la cultura letrada

Ana Teresa Rivera Solórzano  
ana.rivera@uleam.edu.ec  
Luber Javier Quijije López  
luber.quijije@uleam.edu.ec

Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí de Ecuador

En este estudio pretendo rescatar el origen de las desavenencias existentes entre la empresa letrada en los términos que plantea Ángel Rama en La Ciudad letrada, oralidad e idiolectos que describen las novelas Un Hombre y Un Río (1957) de Horacio Hidrovo Velásquez y Tauras o muertos que están vivos (1981) de Horacio Hidrovo Peñaherrera, tomando como referente el legado cultural en esencia del fondo y forma, descrito con lenguaje habitual y espontáneo de las comunas rurales y campesinas. Los autores en sus tramas toman posiciones sobre estas divergencias, defienden en sus novelas la identidad, esgrimiendo registros lingüísticos que rescatan la riqueza de su lengua nativa intervenida por la empresa letrada, que de alguna manera infringe la autenticidad de zonas marginales y rurales, entendiéndose como una actitud de contra-poder que se manifiesta en la formalidad de un discurso y camaradería de un diálogo, se distingue con los sonidos y varía de un lugar a otro.

Cuando aún se discute líricamente sobre el lugar que ocupa el habla popular y la racionalidad de la escritura formal, surgen las siguientes interrogantes: ¿Cómo coadyuvan los autores y la crítica literaria en la diversidad de la oralidad primaria en contra posición con la empresa letrada? ¿Cómo afecta a aquellas lenguas que carecen de sistemas de codificación escrita y que su único medio de supervivencia es la oralidad? ¿Qué sucedería si la oralidad se extingue? Pregun-

tas que se responderán en esta investigación; pero, antes de continuar es necesario conocer opiniones sobre lo que es oralidad.

Dürkheim (1974, 1993; citado por Álvarez, 2001, s/p), establece que la expresión oral en los individuos es social porque es exterior y que se vincula con las conciencias particulares, desde el punto de vista que es acogido como aquello que existe cuando llegamos al mundo y porque funciona como una acción represiva sobre estas conciencias razón por la cual al recibir una lengua y otra de modo que el adquirir una lengua y no otra da origen en cierta forma a nuestra forma de pensar. Si analizamos la opinión del autor se relaciona —de cierta manera— con los lectos y de manera concreta, en este caso particular, con el sociolecto relativo a la sociedad.

Conjunto de usos lingüísticos propios de un grupo de hablantes con algún elemento social en común.

También, se describe a la palabra hablada de la siguiente manera: “La oralidad es secuencialidad sonora, una línea en el tiempo que se transmite entre el hablante y oyente, una línea de sonidos que se desvanecen al desaparecer la emisión” (Álvarez, 2001, s/p) Si hacemos una síntesis entre la oralidad con los ya mencionados lectos significa que esta es un extracto de muchos elementos: el idiolecto que es la forma de hablar particular de cada individuo, compendio del cronolecto (relativo al tiempo), dialecto (la forma como hablan) y sociolecto (sociedad); también, los registros, multiplicidades lingüísticas, y los códigos extralingüísticos.

No obstante, de las persistentes campañas de la escuela letrada, por corregir los registros y lectos, entre otros, los autores ecuatorianos como Hidrovo Velásquez e Hidrovo Peñaherrera, padre e hijo, quienes en honor y fidelidad a sus raíces se inmortalizaron por medio de las citadas novelas, que no son producto de un *impromptus* porque al ser oriundos del campo, conocían de memoria la amenidad lin-

güística, por lo tanto concibieron sus vivencias y describieron el sociolecto, es decir el escenario real de campesino manabita matizado con sus parajes como el aire, sol, montañas, costumbres y leyes, siendo el río un emblema en el caso de la obra *Un hombre y un río*.

Es interesante porque los dos escritores fueron nativos de una pequeña comunidad dedicada al agro, no obstante, los poetas nunca se olvidaron de sus orígenes y coterráneos iletrados, todo lo contrario, con orgullo brindaron afecto al campesino y a Manabí, defendiendo la sonoridad y códigos extralingüísticos, por medio de la palabra moldeada en las temáticas de las obras, que concuerdan con la realidad de la vida en el campo. También plantean la tragedia del campesino por ser incauto, respetuoso y humilde, por ejemplo, narran las injusticias y el desconocimiento del sistema judicial, poder y corrupción en la enmarañada selva de la ciudad.

En Santa Ana, uno de los cantones de la Provincia de Manabí, el 20 de mayo de 1902 nació Horacio Hidrovo Velásquez, creció allí en esta tierra cálida de gente espontánea y magnánima (se considera que más tarde fue el factor preponderante en la narrativa de la novela, motivo de estudio), su adolescencia transcurre entre su lugar de origen, Portoviejo y Guayaquil, hasta que se radica en la capital de la provincia. Tuvo la oportunidad de socializar con el Grupo de Guayaquil, época en la que José de la Cuadra vislumbró a Hidrovo como un gran poeta. Su primer triunfo fue en los Juegos Florales, con la Letra del Himno a la Escuela. Se puede destacar también, que en 1945 desempeñó otras funciones como Diputado en representación de los trabajadores del Litoral; Presidente de la Casa de la Cultura de Manabí; Rector del Colegio Nacional Olmedo de Portoviejo; y, recibió la Condecoración Nacional al Mérito Educativo. Falleció el 19 de abril de 1962 en Portoviejo.

*Un Hombre y un río* inicia describiendo la casa de Celestino Vines, construida en madera y caña, matizada con la tranquilidad

bre no, que pesar de ignoran-consideraba “el cristiano hace hombre bajando” y la “tierra no daba de comer sola”. Todas sus opiniones basadas en refranes, “el ojo del amo engorda al caballo” o “en boca cerrada no entra mosca”. Sus hijos trabajar con el machete, labrar la tierra, conocían algo de veterinaria; mientras sus hijas atendían la casa y preparaban los alimentos para los hombres; pero, la tranquilidad se perdió con la llegada de los Rosado, quienes tenían un cerdo que en tres ocasiones se pasó a la propiedad de Martín; no obstante de las recomendaciones de tener cuidado con el animal, incómodo porque el cerdo destruyó el yucal, decide matarlo de un disparo, desencadenando venganza, muerte, tristeza e infelicidad para la familia Vincés y, de manera especial a Martín.

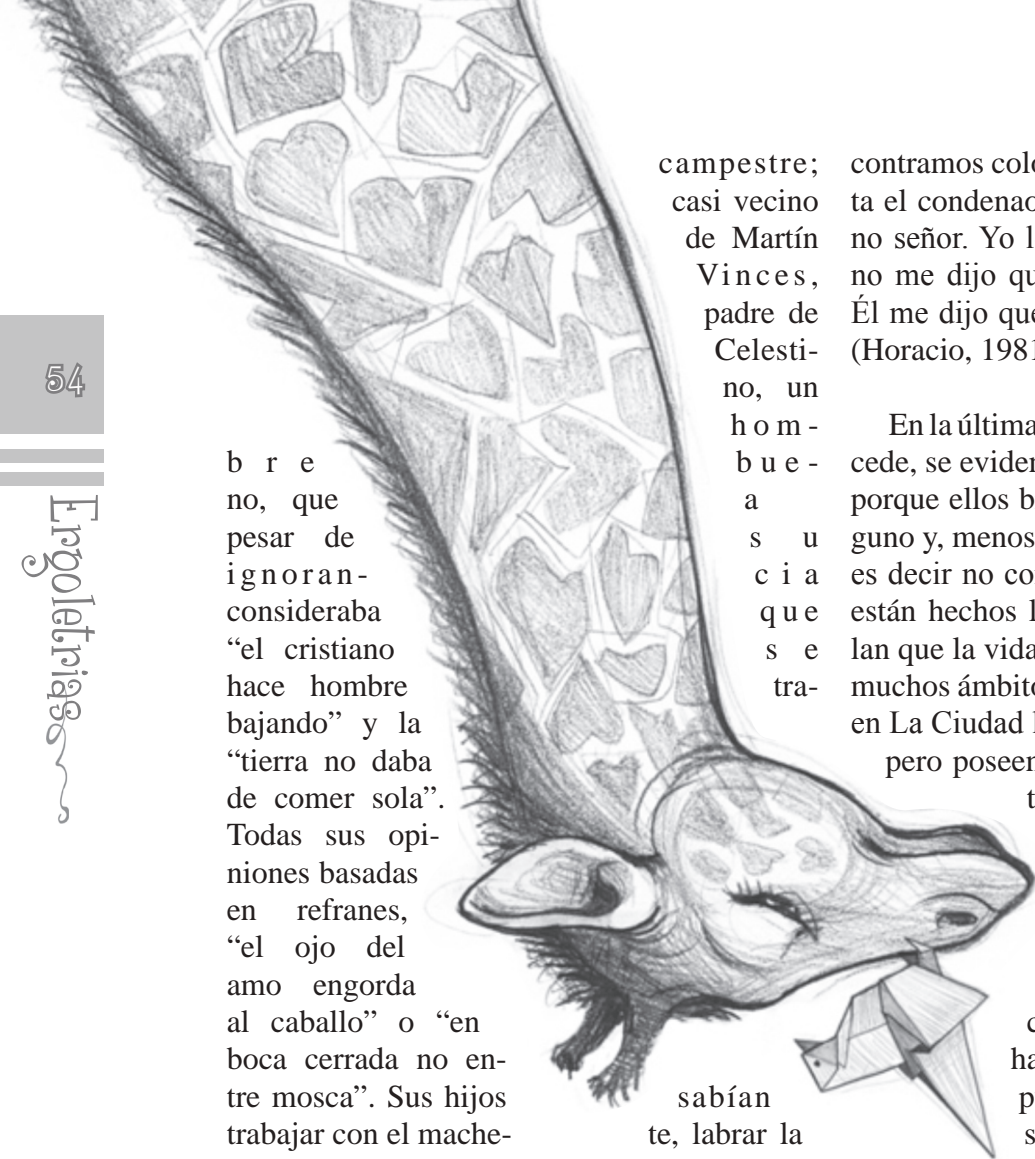
La novela está representada con diálogos propios del pueblerino, que demuestran oralidad genuina; cuando recorren surcos y caminitos el habitual saludo es llamar a todos “compadre” aunque no lo sean, la invención de mitos y leyendas, omisión de consonantes, empleo de arcaísmos más la sonoridad con la que hablan da una connotación singular. En

campestre; casi vecino de Martín Vincés, padre de Celestino, un hombre a su que tra-

contramos coloquios como: “Se comió a treinta el condenao” (Horacio, 1981, p. 51) o “Yo no señor. Yo le firmé a mi compadre, pero él no me dijo que la finca quedaba hipotecada. Él me dijo que firmara, que no había cuidao” (Horacio, 1981, p. 141).

En la última cita textual del párrafo que antecede, se evidencia la inocencia del campesino, porque ellos brindan la amistad sin interés alguno y, menos causarían perjuicio a un amigo, es decir no comprende la filigrana con la que están hechos los ciudadanos. Los autores revelan que la vida en el campo es más sana desde muchos ámbitos, es cierto que no hablan como en La Ciudad letrada a la que se refiere Rama, pero poseen otros saberes porque están íntimamente ligados con la naturaleza, sembríos, cosechas y hábitos como dormir temprano al igual que las aves y despertar con el primer canto del gallo. Esta identidad rural cuya oralidad es el plus que los hace diferentes; oralidad que se puede llamar rústica, no obstante se debería tener en cuenta que es el medio de comunicación, en muchos casos hay quienes hablan y no garabatean o también como hablan escriben; en todo caso se comunican de alguna manera porque es un canal fundamental.

José Martí, en el ensayo Educación Popular, menciona que Rama manifiesta un aspecto que debería ser tomado en cuenta, cuando se refiere a la educación accesible a los campesinos se da una ruptura no solo familiar, ancestral, de identidad y con la madre natura. En el caso de los autores manabitas existió la separación física, no obstante nunca rompieron el cordón umbilical que los unía al campo porque eran sus raíces. A pesar de vivir con las comodidades de la ciudad, la nostalgia los llevó a ir y volver, recordar su umbral, revivir la infancia de un campesinado sencillo, humilde, rico de corazón que no está interesado por fraguar una imagen, fachada o ropaje.



Hidrovo Peñaherrera, nació en la ciudad de Santa Ana, el 24 de julio de 1931, fue licenciado en jurisprudencia y ciencias sociales, profesor de literatura en la Universidades Vicente Rocafuerte de Portoviejo y Manta, posteriormente en la ULEAM. Su poesía participó en varias colecciones del país y extranjero. Fue invitado a visitar varios países: En 1961 Cuba, 1972 Chile, 1977 República Democrática Alemana, mientras que en 1978 representó a Ecuador en el Consejo Continental de la Paz de América y El Caribe en la ciudad de México, en este año. Como expresa Juan Félix Cortés Espinoza, refiriéndose a Hidrovo Peñaherrera: “A Horacio lo conocen los campesinos del Ecuador y le expresan un cariño especial, tal vez, porque en su poesía siempre se encuentra el canto cristalino de sus montañas, de sus valles, de sus ríos y quebradas”. Es uno de los escritores más queridos y recordados en Manabí por su sencillez, amor a la naturaleza y a los niños (Horacio, 1981, p. 171).

Como estampa tenemos, la novela *Tauras o muertos que están vivos*, *Las Azucenas*, lugar caracterizado por ríos, caballos y marinas frescas con olor a sal. Ahí existían dos partidos políticos como los Azules y los Rojos, estos últimos tenían el dominio porque quien gobernaba era Cristóbal Morales, correspondía a esta lid. Pero, un día llegó Pedro Warren un nuevo Intendente General de Policía, porque en la República no se querían partidos políticos ni colores. La consigna de Warren era intimidar a los montubios porque siempre habían hecho lo que querían sin aplicar las leyes; empezó a tener aliados, maquinó un plan en su contra; la idea era visitar los pueblos vecinos, aplicar la ley, si la familia no conseguía 100 pesos para pagar la multa no lograrían salir de prisión. Hubo revueltas, crímenes, injusticias entre campesinos, poderosos y caudillos. El intendente, murió en una silla de ruedas, con muchos cargos de conciencia por las injusticias y muertes que ocasionó.

La obra plantea el abuso y abandono de los campesinos de Manabí, encontrándose en los diálogos la expresión que indica: “Robamos

sólo para vivir. Que Dios que está en las alturas, nos perdone” (Horacio, 1981, p. 155); el extranjero atrincherado amasando fortuna: “El mismo procedimiento lo aplicamos en cuatro municipios de la Provincia de las Azucenas. Así Pedro Warren llegó a dominar el Consorcio de Consejalías” (Hidrovo, 1981, p. 166). Además, rescata la oralidad cuando expresa “Sería lo mejor, el hombre que ha sido del monte debe volver al monte. Sí, mañana mismo me voy donde el finado” (Hidrovo, 1981, p. 141); “Así es Encarnación. Cuanti más haya, cuanti más mejor contestó Jesús María que durante los últimos años se había negado a salir de Aguas Limpias” (Hidrovo, 1981, p. 139). En estas expresiones el autor denota aspectos fundamentales del campesino: su forma de pensar, necesidades, atentados y sumisión, contexto que los lleva a matar hasta hacerse no solo un hábito sino un medio de vida, es decir, asesinaban por un determinado valor.

Los autores de las dos novelas revelan la presencia de marcadas diferencias sociales; el poder que avasalla y destruye sin la posibilidad de denunciar o quejarse ante alguna otra autoridad porque no se aplicaba el cumplimiento fiel a la ley; la ignorancia no favoreció y menos ante presencia del extranjero que extorsionó al campesino; la política representada por riquezas; los intendentes dueños de la vida de los demás, en general el completo abandono del que es víctima del campesino, por ejemplo a pesar de las leguas de distancia carecían de carreteras, se veían en la necesidad de abrir surcos, todo esto combinado con la naturaleza silvestre, costumbres y lectos.

Analizando los argumentos de las novelas no son tan disímiles a la realidad que plantea Rama en *La Ciudad Letrada*, el sociolecto revela algunos legados ancestrales como vestigios coherentes con las circunstancias, tenemos los estratos sociales, el dinero que es paralelo al mando; en el engranaje encontramos la política y los burócratas, entre otros el corpus legislativo, a los colonizadores se los asocia con el extranjero; el origen de los intendentes y capataces y, el estilo barroco que

guarda relación con las fiestas y costumbres propias del campesino e incompatible con el circuito letrado.

Lógicamente, este escenario fue abriendo brechas muy profundas, entre los letrados e ignorantes, instituyendo marcadas diferencias sociales porque los leídos se asentaron en las urbes, mientras que los iletrados en el campo. Bernardo Balbuena (1604; citado por Rama 1998, p. 37) en *La Ciudad Letrada*: Si desea vivir y no ser mudo tratar con sabios que es tratar con gentes fuera del campo torpe y pueblo rudo. Desde aquella época, son siglos de ignominias, las víctimas quienes se radicaron en zonas rurales carentes de preparación, motivo de burlas, el campesino es rudo por su trabajo, por lo tanto no tienen buenas costumbres y son rudos.

Resulta paradójico porque los letrados hicieron leyes, no obstante las quebrantaron y nadie hizo justicia. Cuando sucedió la matanza de infinidad de indios en México al inicio de la conquista, para apropiarse de grandes riquezas. El autor cita: “Al finalizar solo contaba un millón de indios de los 10 a 25 (según las estimaciones) que había en México cuando se inició la conquista” (Rama, 1998, p. 33). Esta es la figura de iniquidad, viene a mi memoria la presencia del intendente Warren, en *Tauras o muertos que están vivos*, tam-

bién -en nombre de la ley- cometió tantos crímenes con los campesinos cuyo resultado fue la impunidad, similar hizo fortuna de manera ilegal.

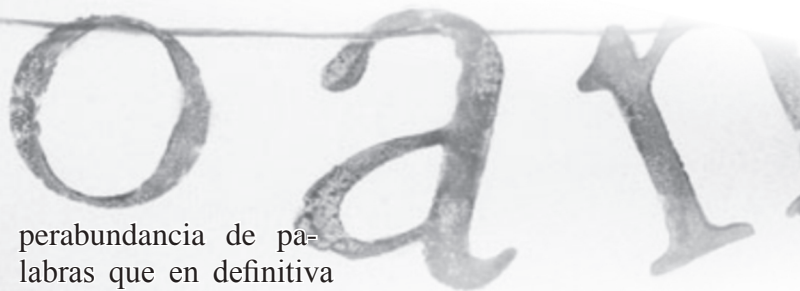
Las leyes establecidas por los burócratas, el campesino -muchas veces- las desconoce o desconfía del sistema, razón por la cual ejecutan sus propios códigos, la ley del monte; Hidrovo, en *Un hombre y un río*, en

la figura de Martín Vinces representa la incredulidad ante la ley formal y por eso toma la justicia con sus propias manos. En otros casos, los campesinos caen en la sumisión frente a un régimen que los subyuga y explota como plantea Hidrovo, en *Tauras o muertos que están vivos*, Warren amedrenta a los campiranos irrespetando a niños y mujeres, no apartado es el contexto al que se refiere Rama en *La Ciudad Letrada*, cuando menciona a Sor Juana Inés de la Cruz:

“A fines del siglo XVII parece sobrevolar cualquier coyuntura real y la operación original (y genial) de Sor Juana consiste en haber hecho de esa desconexión entre el discurso literario y la urdimbre de los afectos, el tema central de su poética, llegando a sospechar [...] que sólo en el hemisferio oculto se producía la verdad, rigiendo y desbaratando el discurso nacional que creyendo ser autónomo y autosuficiente no hacía más que recoger los impulsos oscuros: “¡Oh vil arte, cuyas reglas/tanto a la razón se oponen,/ que para que se ejecute/es menester que se ignoren!” (Rama, 1998, p. 38)

Los autores, hacen gala de la oralidad que caracteriza al campesino, dialecto con el que habla y los distingue por la riqueza cargada, redundante cuando dice: “suba arriba”, se relaciona con el estilo barroco que es arte revuelto de adorno, en este caso relaciono con la su-

perabundancia de palabras que en definitiva dicen lo mismo, no obstante así se comunican y entienden. Esto resulta un choque cultural Rama en *La Ciudad Letrada*, menciona a los dos máximos representantes intelectuales en el año 1680 que fueron Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Sigüenza y Góngora. Por ejemplo, cita:



En 1680 los protagonizaron los dos mayores intelectuales de la Nueva España, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Sigüenza y Góngora, [...] textos iluminadores ambos de la tarea social y política que correspondía a los intelectuales y de la conjugación que procuraban en sus obras de las diversas fuerzas dominantes en la sociedad para obtener mercedes, al tiempo que exaltaban la omnipotencia de la figura carismática del Virrey. El uso político del mensaje artístico fue extraordinariamente frecuente en la Colonia, aunque no ha tenido la suficiente atención crítica” (Rama, 1998, p. 37)

Esta riqueza se manifiesta en el campo con los chigualos, son rimas con ritmos atractivos por la entonación y el mensaje; cantados cuando se acercan las fiestas navideñas: “Este niño quiere que le cante yo, cantémosles todos que es el Niño Dios”. Los amorfinos, famosos versos picantes, hablados en pareja, precisamente los lectos son la connotación montubia propia de la zona; hacen gala de encanto y riqueza lingüística: “Las aves en la montaña anidan en algodón; yo en cambio quiero anidar dentro de tu corazón”, conjugado con la indumentaria y el sombrero típico.

Toda esta sucesión ancestral, se la puede relacionar con lo que expone Rama en La Ciudad Letrada “Si bien se ha discutido la real incidencia de las disposiciones del Concilio de Trento sobre arte, no se puede sino reconocer la importancia y esplendor que adquirió la “fiesta barroca”, las representaciones sacras [...]” (Rama, 1998, p. 34), es decir que

hay cierta similitud en algunos de los aspectos antes mencionados que no dejan de ser la oralidad con arte barroco.

En cuanto al tema lingüístico Mariano Picón Salas, consideró que el arte barroco no solo ocupó totalmente la colonia, sino que se ha prolongado hasta ahora y no nos eludimos de este arte, Alejo Carpentier coincide con esta opinión (Rama, 1998, p. 34). Si hubo esta empresa letrada fue precisamente porque con la fortuna encontrada se dedicaron a escribir, ocio que fue muy bien remunerado, en aquella época no había mercado económico, puede relacionarse con la fastuosidad y dilapidación que definía a las cortes coloniales, como explica Rama (1998, p. 33).

No cabe duda que el tiempo de la colonia fue difícil, no solo teñido con sangre, riquezas, menosprecio y yugo, sino con una herencia cultural europea de la cual aún existen vestigios porque es nuestra identidad. Precisamente, surgen divergencias cuando hay quienes consideran que se debería abolir estas representaciones legítimas, pero esto significa extinguir nuestras raíces; y es que somos producto de una mezcla de dos culturas totalmente opuestas, porque en Europa tenían progreso, disímiles de América donde los aborígenes poseían riquezas e indudable conocimiento de la naturaleza.

Concluyo en que los autores contemporáneos deberían continuar el paradigma de Hidrovo Velásquez e Hidrovo Peñaherrera,  
es decir



escribiendo novelas con estas temáticas porque mantienen viva la oralidad primaria y lectos del campesino manabita, inherente a nuestros ancestros; no es apropiado menospreciarlos porque son parte de la riqueza heredada que nos queda, más bien corresponde ver opciones como talleres de escritura y lectura u otras estrategias que ayuden a rescatar estos signos de identidad. Cabe mencionar que cada ámbito tiene una fortuna diversa desde la lectura de Rama con La Empresa Letrada y los autores Peñahe- rra, motivo de la investigación.

En la actualidad, se está perdiendo la identidad, porque a jóvenes y adultos muy poco les interesa rescatar este caudal cultural, están entretenidos en la oralidad secundaria, es decir conexas al conectivismo, olvidando nuestras verdaderas ascendencias; pero está en los maestros, alumnos y sociedad en general mantener encendida la llama de la oralidad y lectos, en virtud que nuestras raíces no perezcan, defender lo que nos corresponde por derecho.

**Bibliografía**

Álvarez, M. A. (s/d de s/m de 2001). Análisis de la oralidad: Una poética del habla cotidiana. Recuperado el 15 de Noviembre de 2014, de Estudios de Lingüística del Español : <http://elies.rediris.es/elies15/cap11.html>

Horacio, H. P. (1981). Tauras o muertos que están vivos. En H. P. Horacio, Tauras o muertos que están vivos . Portoviejo: San Gregorio.

Rama, Á. (1998). Ciudad Letrada. En R. Ángel, Ciudad Letrada . Montevideo: Arcas.

